

cuentemente en nuestra vida; sin duda, habrá dueños de fundo con espíritu más humano; pero éste que conoció y pintó Mari Yan no es una mera ficción, como alguien ha dicho: lo hemos visto, existe; es el latifundista que vive en Santiago, derrochando el esfuerzo acumulado de su padre y pagando a sus trabajadores mísero salario. El incidente de la huelga nos parece un tanto forzado; todavía nuestro campesino no sabe del poder de las voluntades solidarias.

Mari Yan escribe con seguridad, la frase se afirma contundente, sin rodeos ni aditamentos retóricos, con sencillez familiar. En esta sencillez y desenvoltura, radica, a nuestro parecer, el mayor merecimiento de su prosa. Esta corrección es tanto mayor, cuanto menos usa el adjetivo. En el uso de éstos vacila aún. Así, escribe «... infelices para quienes desearía ser así como un báculo *tibio*». El adjetivo tibio es aquí de una absoluta impropiedad. Felizmente, estos gazapos son escasísimos.

Mari Yan asciende con esta novela un peldaño en su labor literaria y no dudamos, dados sus talentos literarios, que pronto alcanzará la cima con una obra maestra.—MILTON ROSSEL.



UNA NOVELA DE RAMÓN DE LA SERNA.

Ramón de la Serna al enviar su libro titulado «CHAO» (1) desde España a un escritor chileno se refiere a éste como a un compatriota, en la respectiva dedicatoria. Debe ser, entonces, Ramón de la Serna de nacionalidad chilena. Desde luego, esto carece de importancia para juzgar o comentar esta novela. Lo consignamos, simplemente, como un dato. «CHAO» también viene dedicado a Joaquín Edwards Bello lo que indica que de la Serna, por lo menos exteriormente, no olvida el país de su origen

(1) Colección Araluce.—Barcelona.

—o a algunos de sus hombres—ya que la obra en sí nada hace suponer que el autor haya nacido en Chile. (Por noticias posteriores tenemos entendido que Ramón de la Serna es oriundo de este país). Cuando más, nombra en un aspecto general, global, al chileno o a la chilena—«hay muchachas chilenas incomparables», dice en alguna parte—sin individualizarlo ni concretarlo como tipo en la novela, lo que hace con uno o dos argentinos que resultan los personajes principales de la misma, después de Chao que es el esencial.

Empieza esta novela con una trama un tanto policial, que al principio logra interesar de inmediato al lector. Un bandido prófugo, Chao, que viene escapando de un agente de policía argentino y del apretado cerco de agentes españoles y de la Guardia Civil que le han tendido en el puerto de Sanlúcar, en la desembocadura del Guadalquivir. Pero Chao, hombre hábil y arriesgado, burla la vigilancia terrestre y del barco en que viajaba, lanzándose de éste mucho antes de la llegada al puerto. Después de algunos pequeños incidentes, tiene uno espectacular con un señorito, ya en el interior de la provincia de Cádiz, a quien le había hurtado uno de sus más finos caballos horas más tarde de haberse internado en tierra. Luego viene una breve reyerta entre Chao y el señorito en la cual vence, se entiende, el bandido que huye en brioso corcel con el cuerpo inerte del señorito, entrando de manera no menos espectacular que la reyerta, en un viejo pueblo español, asustando a los aldeanos, dejándoles al aristócrata y perdiéndose camino adelante. En síntesis, he ahí el primer capítulo.

En el segundo capítulo, actúa de manera más absorbente el detective argentino, apareciendo Chao en segundo plano, más bien dicho, un tanto esfumado, pues, en verdad, no se hace presente sino a través del interés del argentino Peralta—así se llama el detective—por atraparlo. Aparece, además, un señor Carretere un tanto equívoco; una dama un poco misteriosa y un señor todavía más misterioso, ya que sólo lo sabemos actuando tras

de una puerta, por unos pasos furtivos en un pasadizo de hotel. He ahí, tal vez, el segundo capítulo.

No queremos continuar sintetizando la anécdota o el tema. A pesar de ella, que en su comienzo es movida y desenvuelta aptamente, logrando madurar una esperanza de lectura entretenida, el libro resulta lento, pesado, monótono. No alcanza ser siquiera una novela policial o de intriga. Para ésta le falta más continuidad en las escenas, más rapidez en la acción, más movimiento anecdótico y menos reflexiones, como también menos pretensiones de carácter psicológico, aunque a veces y hasta casi muy a menudo posee aciertos innegables, porque no se puede desconocer que Ramón de la Serna es dueño de una bella inteligencia. Sin embargo, no son suficientes las reflexiones, que constituyen gran parte de la novela, para justificar la presencia de las mismas. El lector, al comienzo de la lectura, imagina que seguirá encontrándose con otra clase de libro. No sería raro que esta impresión inicial sea la causante de la sensación de lentitud y hastío que comunica el resto de la obra.

No se puede negar, no obstante, que Chao es un bandido extraordinariamente interesante y curioso. Sobre todo curioso. Se educó en un colegio de nobles, siendo máncer. Aprendió latín, griego. Ya hombre, el inglés y el portugués a la perfección...

Sintetizando nuestra apreciación diríamos que el aburrimiento que causa «CHAO» se deba, entre otros factores que el ya señalado, a los siguientes:

Primero, que Ramón de la Serna pretendió armonizar una intriga policial con una serie de reflexiones que iban emergiendo de la misma intriga y del carácter del personaje central sin alcanzar ni medianamente tal pretensión.

Y segundo, al retorcimiento exagerado del lenguaje y al uso constante, obsesionante de palabras rebuscadas o de uso infrecuente que molestan a cada paso al que lee, como ludir por rozar; finta por cortesía; tundir por castigar, desbravar por amansar, etc.

A pesar de lo dicho, no sería honrado negar que Ramón de la Serna tiene, como novelista, algunas excelentes condiciones que, seguramente, en una próxima obra se precisarán con más intensidad. Este es, cuando menos, nuestro sincero deseo.—A. T.



EL ARTE Y LAS MASAS, por *Elías Castelnuovo*.—Editorial Claridad.
Buenos Aires.

He aquí un libro sobre el cual no se puede escribir sin pasión. El nos obliga a tomar partido violentamente: o se está con él o se está contra él. No caben términos medios, ni se puede esquivar el bulto con una pirueta más o menos literaria para evitar un pronunciamiento. Anotemos entonces desde luego como una virtud fundamental el potencial de beligerancia filosófica que el libro arrastra en su entraña y la forma valiente y rotunda en que plantea sus problemas. ¿Cuáles problemas? Los que su título señala: *El Arte y las Masas*, ecuación que pudiera plantearse también de otras diversas maneras: El artista y las masas, el escritor y la colectividad, el arte y su contenido social, arte y revolución, etc. Viejo asunto que, en los últimos tres años, ha venido a agitarse con extraordinaria intensidad y difusión, ya en los Congresos de Escritores, ya en libros, ensayos, artículos y entrevistas, en violentas polémicas o en encendidas proclamas.

Elías Castelnuovo, novelista y dramaturgo argentino, de auténtico acento revolucionario, ciñe aquí su asunto a la más estricta interpretación materialista del arte, de la historia y de la filosofía. Su argumentación es cerrada y aplastante como una arremetida de automóviles blindados contra una trinchera escasamente defendida con maderas viejas y alambres enmohecidos. La primera ciudadela que cae pulverizada es la que hasta hace poco fuera inexpugnable fortaleza de Yasnaia-Poliana. Tolstoi, el gigante ruso, el místico anárquico y seudc-revolucio-